



M. T. Podestá

Saque usted otra bolilla

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

M. T. Podestá

Saque usted otra bolilla

(Recuerdos de la Universidad)

Cursábamos el quinto año de preparatorios en la Universidad. Estábamos en la época de examen, y las bandadas de estudiantes, que acudían en esos días a los claustros, eran numerosas e indisciplinadas.

Los que ya habían pasado por la dura prueba, se presentaban radiantes, contentos, bullangueros, y sin más mira que la de matar el tiempo molestando a los profesores, ayudando a algún compañero con los soplos, robando con el más refinado disimulo una bolilla de la urna, para ajustarla a la que el interesado había estudiado, o promoviendo todos los desórdenes posibles, para hacerse acreedores a las amenazas de Larsen o a las efectivas del cancerbero Gazzolo, que los arrastraba al encierro como a corderos empacados que les tironean del pescuezo.

Eran entonces los buenos tiempos de la vida estudiantil, que echamos muy de menos los que cargamos el sambenito de una profesión y los que han pasado de la Universidad al comercio sin satisfacer sus aptitudes o su codicia.

La puerta de la Universidad era entonces un hormiguero; un entrar y salir incesante de alumnos: grandes, chicos, bien y mal vestidos, pero todos alegres, decidores, impávidos, con su programa apretado como el filo de un facón.

Se hacían corrillos, se armaban disputas, se entablaban discusiones serias, se convenían partidas de billar en el famoso café de Las Naciones, se completaban rabonas y excursiones a la Boca, haciendo inventario de los bolsillos, se inventaban travesuras de todo género, y, por último, se buscaba siempre una víctima en el transeúnte distraído que acertaba a caer en desgracia ante la mirada fiscalizadora de los que hacían la guardia de la puerta para molestar al prójimo.

Si la víctima se resignaba a los motes impertinentes, a las zancadillas o los proyectiles que se le arrojaban con hondas de goma, santo y bueno, todo concluía bien; cuando mucho, algunos aplausos y una silbatina; pero, si el elegido era altanero y quería vengar el ultraje, la rechifla tomaba proporciones muy serias, y el desgraciado que osaba indignarse se veía envuelto en el enjambre de muchachos que se lo repartían como cosa propia para hacerle arrepentirse de su cólera temeraria.

En el interior, la marea subía en proporciones colosales. En el largo claustro, con su techo blanqueado y agrietado por la humedad y los años, resonaban mil voces confusas, risas, protestas, reclamaciones aplausos, vivas, pequeñas ovaciones tributadas a los examinadores o al examinando que había obtenido una clasificación de sobresaliente.

Un momento de silencio, de calma transitoria, de respeto, era impuesto por la figura venerable del rector que aparecía por la puerta de la secretaría echando una mirada benévola, curiosa, por encima de aquellas cabezas juveniles, una mirada vaga, que abarcaba todos los ámbitos y que traducía mal el ceño forzado que quería imprimir el doctor

Gutiérrez a su fisonomía simpática.

La aparición duraba un segundo; el rector se retiraba a su gabinete a completar una estrofa rebelde o a marcar con lápiz de color un manuscrito histórico, y la nota de la bulla, del vaivén, del toletole, empezaba a recorrer en crescendo la escala del desorden.

Recuerdo siempre la impresión que me produjo la entrada en la Universidad en un día de examen. Salí de mi casa con calofríos, y como quien va a tomar una posición por asalto, empecé a meditar mi plan de ataque: al llegar a la puerta, me faltaron las fuerzas, se me iba el coraje como la sangre en una hemorragia, hice una tentativa atrevida, enérgica, tomé una resolución suprema; me presenté indefenso, esperando ver mi sombrero abollado, volando por las bóvedas del claustro, y mis espaldas sometidas al repique de mil puños frenéticos, pero no tuve tiempo de escurrirme: un grupo de alumnos de segundo año de latín salía triunfante del examen y en ese mismo instante invadía la puerta y la acera; me encontré envuelto en el torbellino de abrazos, de apretones de manos, de los cuales me tocaron algunos efusivos que retribuí tímidamente, sin saber a quién ni por qué, hasta que pude desprenderme del grupo para colocarme en la vereda opuesta.

Las felicitaciones, los pésames, las imprecaciones, estaban en su apogeo en los corrillos que se habían formado en la plazoleta del mercado, especie de foro donde los estudiantes hacían sus conciliábulos.

Algunos atravesaron, pasaron por mi lado, y entre ellos dos de semblante triste, alterado por el disgusto, por el despecho y la vergüenza; se advertía en el acto que el examen había sido funesto y que toda la culpa y la responsabilidad eran de los maestros.

Se consolaban recíprocamente, execrando al texto, y especialmente a Gigena, que había tenido la mala inspiración de preguntarles veinte renglones de sintaxis.

A diez pasos de mí, uno de ellos, más nervioso y exaltado, tomó el texto de la materia, lo abrió en dos, como una res descuartizada, y, acompañando el acto con una interjección callejera, lo tiró al fango.

Me acerqué lentamente a reconocer las hojas esparcidas por el suelo, y vi una fila de versos latinos dispuestos en columna cerrada, nutrida, mal impresos, borroneados, anotados con lápiz; hojas estrujadas por una mano nerviosa e injuriadas por dos manchas del índice y del meñique, plantados con violencia, y que parecían decir, como en el canto XXV del *Infierno*: *Togli, Dio, ch'a te le squadro*.

Eran los *Temas*, aquellos temas latinos que autorizaban todas las protestas, todas las violencias y hasta el ultraje de arrastrarlos por el lodo...

Yo me sentí oprimido, desconcertado, indeciso, y con el miedo de que mi memoria me traicionase, empecé a repasar rápidamente, como un conjuro, el *mascula sunt maribus*, etc., tomando las primeras palabras de los cuadritos de los géneros, hasta llegar a uno muy sabido, que se le tenía como de mojón para medir desde allí quince o veinte renglones... *Us maribus junges*, dije con toda la fuerza de mis pulmones: los géneros estaban intactos en mi memoria, como mariposas clavadas con alfileres sobre un corcho. Mi pesadilla era Fedro, uno de cuyos trozos había traducido y ordenado la noche anterior entre una cabeceada de sueño y un sorbo de café; la traducción, el orden y la fábula se habían evaporado.

Unos pilluelos que pasaban, recogieron piadosamente el libro maltratado, se lo repartieron equitativamente y fueron con toda tranquilidad a sentarse en la esquina, con la esperanza de descifrar los jeroglíficos de su contenido.

¡Qué envidia les tuve en ese instante!... ¡No tenían que rendir examen de latín!...

Era menester entrar, no había más remedio que someterse a las horcas caudinas y recibir aquel bautismo de neófito, para ingresar en la masonería estudiantil... Aproveché un

momento de calma y me lancé como un perseguido al interior del claustro.

Ni una cara amiga, ni una mirada alentadora; el egoísmo estudiantil fomentado por el miedo.

No se oía más que el ruido de las urnas y de las cajas, que hacían sonar las bolillas, y las voces imperativas de los examinadores, que hacían sus preguntas como jueces que rastrean la confesión de un delincuente.

A cada instante oía la biografía de los catedráticos pintada a grandes rasgos en tono subido, se trataba del enemigo y la benevolencia estaba de más.

-¡Qué suerte si te examina Larsen!... En medio de todo, es bueno, no es rencoroso; al contrario, a los barulleros les hace pasar para evitarse el fastidio de lidiar con ellos... Estas y otras noticias se daban los compañeros para ahuyentar el miedo.

-¡Ah! si me examinara a mí... -pensaba yo para mis adentros, y sin conocerlo, sin haberlo visto nunca, le cobré cariño, cariño que le conservo y que le guardamos todos los que hemos sido sus discípulos y su pesadilla...

Un observador habría tenido tela para hacer cuadros espléndidos de ese conjunto de cabezas, de fisonomías, de gestos, de actitudes: en ese desfile de caras alegres, serias, preocupadas, audaces, inquietas, graves, con la grotesca gravedad infantil de los doce años. Allí se hablaba de Cicerón, de Ovidio, de Horacio y de toda la falange clásica, con la misma llaneza que emplea un académico.

El examen estaba preparado a la buena de Dios; cada uno llevaba en su memoria las preguntas y respuestas hilvanadas con una hebra frágil: el orden, los pretéritos, los nominativos, las oraciones de relativo, estaban acomodados en las circunvoluciones cerebrales como en un estuche. ¿Para qué servía todo aquello? ¿Por qué nos hacían estudiar así? Nadie lo sabía; era menester aprenderlo, repetirlo, ordenarlo y... doctores tiene la Santa Madre Iglesia...

Recuerdo que estudiando el tercer año de latín, nos hicieron traducir, copiar, estudiar y aprender de memoria, con orden y todo, una tragedia en tres actos, en prosa, en la que figuraban personajes antipáticos, y hasta, si no recuerdo mal, una mujer de mala vida cuya conducta escandalosa nos daba mucho que pensar.

Menos mal cuando se trataba de Medea, de la Eneida, de las fábulas y de las Catilinas; en estas últimas me reprobaban.

Esta confesión me honra, aunque parezca una paradoja. Cuando, después de muchos años, leí el precioso libro de Rovani sobre la juventud de Julio César, y me encontré con un Catilina tan distinto del que en otra época me enseñaron a execrar, ¡cómo lamenté que la suerte le hubiese sido adversa! Con él cometieron la injusticia de lanzarlo a la posteridad como un ser a quien se debe tomar con pinzas: conmigo la de reprobarme por no hacer confesión pública de sus maldades.

Sus fechorías, que yo ocultaba piadosamente en mi ignorancia de estudiante, me valieron un aplazado, que me hacía languidecer y mirar el mes de marzo como el ancla de salvación. Yo debí mi desgracia a las pillerías de Catilina, reales o inventadas; otros, tuvieron que llorar sobre la correspondencia de Cicerón con su hija Tulia, aunque el gran orador le hablase de preparar los baños de Tusculano.

Cuando el señor Gigena decía con voz meliflua, y que a pesar del tono no inspiraba confianza: -Niño: los nominativos. ¿Eh?... ¿los nominativos?... -hubiéramos preferido que se nos dijera: -Niño, párese usted de cabeza sobre un cuchillo...

El pobre Alvarez, bondadoso y suave, entornando sus párpados y comprimiéndose el vientre con sus manecitas cortas, gordas y relucientes, era el paño de lágrimas; a él iban

todas las quejas, todos los zumbidos, todas las protestas, todas las lamentaciones, todas las reclamaciones de injusticias reales o imaginarias, y a todos contestaba con la misma mansedumbre: -Preséntese usted en marzo...

Llegó el día de examen de quinto año; los alumnos de este curso tenían ya otro aspecto, muy graves, circunspectos. Algunos, que habían tomado a pecho las lecciones de filosofía, aparentaban cierto desdén académico por los de años inferiores; se habían leído al padre Balmes, magullaban los argumentos de San Anselmo y de San Agustín sobre la existencia de Dios, como quien rompe nueces con los dientes, y la misma metafísica con sus embolismos, sus interminables e insulsas discusiones sobre el espacio y el tiempo, revestía a sus ojos las formas colosales de un gigante, y mientras algunos hacían corrillos para hablar de sus novias -que lo eran generalmente las muchachuelas del barrio-, otros se preguntaban gravemente las bolillas del programa para hacer gimnasia de la memoria. Los filósofos, que se habían dejado crecer el cabello y lo usaban alborotado, como si la filosofía y los peines fueran enemigos irreconciliables; que escribían versos llenos de desaliento, y para quienes la vida era a los veinte años una carga abrumadora, la mujer una serpiente de cascabel y los hombres un almácigo de egoístas, seguían paseándose por los claustros, buscando los rincones solitarios, donde las arañas, más filósofos que ellos, tejían sus primorosas telas en la obscuridad, en el silencio y sin recompensa.

Protestaban de la química, esa ciencia que se encerraba en las retortas y en los matraces, que no admitía más discusión que la de la teoría atómica, que acababa de asestar un golpe de muerte a la de los equivalentes. La ciencia de las probetas, con sus precipitados de color de iris, no les merecía el más mínimo respeto. ¿Qué eran Chevreul, Liebig, Lavoisier, Gay-Lussac y Wurst, al lado de Bacon, de Condillac, de Descartes y de la falange de menor cuantía encabezada por Balmes y terminada en una cola que hacía flamear a Geruzes coma lancha atada a un hilo?.

Amaban las paradojas, los problemas absurdos, los silogismos como juguetes de sexta ballesta, las cuestiones revestidas pomposamente con títulos de textos apolillados, como el ejemplar del hombre transcendental, que se balanceaba en un programa de segundo año de filosofía nebulosa; la enseñanza superficial, frívola, de acceso fácil, que no fatigaba la inteligencia, que daba rienda suelta a la charla y a la oratoria de los que tenían la circunvolución de Broca un poco desarrollada. En cambio la química, la física, las ciencias naturales, eran cosas imposibles.

Y allí adentro, en ese gabinete forrado de armarios de pino, pintados de punzó, imitando un cedro que no figura en ninguna flora, con vidrieras desaseadas, impregnadas de polvo y de humedad, con las pilas de retortas, de embudos, de hornillos, de bolas de Liebig y otros objetos de arsenal químico, que les hacía estremecer: las exhalaciones de amoníaco, de ácido sulfúrico, las chispas que saltaban de los hornillos incandescentes, el oxígeno que se escapaba por un matraz mal lacrado y el pizarrón negro, tieso, puesto como una pantalla delante del banco donde se hacían los experimentos, les ocultaba una trastienda donde el sabio doctor Arata hacía sus primeras armas con los alambiques, los reactivos y el análisis químico.

Era curioso ver a uno de nuestros filósofos parado junto a la pizarra, sin argumentos que discutir, sin réplica que arrojar a la arena del adversario, y, en cambio, con la fisonomía severa e impaciente del malogrado doctor Perón, que le decía secamente: -Escriba usted el ácido nítrico y el ácido yodrítrico. -Los filósofos se quedaban tiesos, temblorosos, con la tiza en la mano, sin poder trazar esos jeroglíficos diabólicos; miraban alternativamente al catedrático y a la pizarra, y por último al techo, abovedado del aula, con una expresión de

resignación desdeñosa que parecía parodiar aquello de "perdónale, Señor, que no sabe lo que hace."

Con qué fruición habrían visto caer la pizarra en pedazos, si hubiesen tenido las trompetas milagrosas que derribaron los muros de Jericó, para proclamar allí el juicio final de la química, emprendiendo el saqueo y el pillaje de los armarios.

Cómo gozaban cuando en un experimento reventaban las burbujas de Liebig o un matraz se hacía añicos en un descuido; aquella ciencia positiva de estudio, de experimentación, era una tortura para esos espíritus elegidos, que guardaban la pureza de sus ideales como las vestales en el templo.

¡Ah! el hombre transcendental, la existencia de Dios, la conciencia, el espacio, el tiempo, en fin, el tira y afloja de los argumentos, que se tiraban a la cara como puñados de tierra, para ofuscarse... Y no les faltaba levadura a esos cerebros; todo era culpa de la mala y pésima dirección tan hueca, tan absurda, tan árida como el estudio de los temas, de los latines, con toda su secuela de pretéritos, de nominativos, de órdenes y desórdenes, estudiados de memoria.

Nuestros maestros hacían lo que humanamente les era posible: ellos comprendían el estudio de esa manera; ajustaban la enseñanza a su criterio formado en el ambiente de la época. No les hagamos un reproche; al fin y al cabo, algunos jirones de Ovidio y de Cicerón nos hacen dragonear de entendidos cuando encontramos citas latinas que procuramos ordenar, haciendo cadena del sujeto, del verbo y del complemento de la oración, olfateados con el instinto fonético que nos imprimió la costumbre de andar a la caza del orden como animales de presa...

Volvamos al examen, y aquí aparece nuestro protagonista, nuestro héroe, el estudiante de más coraje que hayamos conocido, el que supo afrontar el peligro de un examen con la impavidez de un griego ante los persas, con la calma de Catilina ante el senado romano: un colmo portentoso de audacia, de sangre fría, de indiferencia, una figura que no se borró nunca de nuestra memoria, una fisonomía que nos bastó ver de nuevo, después de muchos años, para recordarla intacta, un judío errante de la Universidad, un paria, que anda todavía en busca de carrera, de fortuna, y que la suerte traidora y parcial no ha tocado con su dedo mágico.

Habíamos formado un corrillo en el piso alto, en el claustro que daba acceso al salón de grados, la clase de química y a la de ciencias físico-naturales; de tiempo en tiempo, salía del aula un examinando, colorado, jadeante, haciendo girar su sombrero entre sus manos temblorosas, y la ovación improvisada, ruidosa, cordial, daba la enhorabuena al que había salido triunfante. Era el examen de física, examen serio, de prueba, de verdadera prueba y en el que cada estudiante era escudriñado en sus antecedentes, su aplicación, sus faltas de asistencia y el número de barullos y desórdenes que había promovido.

Los examinadores tomaban aspecto grave, imponente, y para nosotros, cierta satisfacción mal encubierta de perseguirnos, de despotizarnos y hacernos caer en el error, como Mefistófeles que anda a la busca de almas para perder.

Si el examinando no contestaba inmediatamente una pregunta y el profesor procuraba encaminarlo, pase, aquello era de buen augurio y merecía nuestra aprobación íntima y nuestra simpatía; si el profesor se quedaba callado, gozando, a nuestro entender, con las tribulaciones del compañero, veíamos entonces una intención siniestra y malvada que nos servía para cargarle la medida de nuestro odio en la rechifla de salida.

De pronto, y causando general sorpresa y curiosidad, asoma por la pesada escalera de mármol que remataba en el vestíbulo del claustro, la sombra de nuestro desconocido

colega.

El murmullo, la conversación, el bullicio confuso y desalentador para un extraño que caía allí como un aerolito, cesó por encanto: un silencio solemne, salpicado por cuchicheos y preguntas *sotto voce*, hizo detener en el umbral al extraño personaje.

Era un alumno de quinto año que iba a rendir su examen; nadie lo conocía, jamás había frecuentado la clase, y sólo supimos que aquel era su objeto al afrontar tan peligroso percance, cuando él mismo, con una timidez de doncella, nos preguntó sin dirigirse directamente a ninguno: -¿Hoy hay examen de física? -Sí, señor, -le contestó uno, y nuestro hombre, sin decir palabra, se introdujo sin miramientos y por equivocación en el salón de grados, cuya puerta estaba inmediata a la escalera.

Detrás de él entramos todos; la curiosidad y la figura misteriosa del estudiante-aerolito nos habían arrastrado.

Tenía la traza de un héroe de Murger sin tener la distinción del talento y la chispa de la audacia inteligente.

Alto, muy alto, flaco, con la flacura del hambre, con una cara puntiaguda, demacrada, amarillenta, con esa piel lisa, estirada, como si algún maleficio le hubiese hecho perder la movilidad que da la expresión fisonómica. Los ojos negros, tristes, pensativos, que vagaban en dos órbitas demasiado grandes, ahuecadas como las de un muerto; frente alta, fugitiva, con arrugas prematuras y más acentuado que en el resto de la cara el color de pergamino viejo; una cabellera alisada con la palma de la mano mojada.

La expresión del miedo y de la desconfianza, trazada en líneas resaltantes, hacía *pendant* con el azoramiento que se dibujaba en la comisura de sus labios entreabiertos y en los relampagueos fugitivos de sus ojos de demente. Una hilera de pelos desiguales, finos, erizados, circundaban esa cara envejecida a los veinte años, revelados por un bozo que parecía tizado con un corcho.

El inmenso salón de grados, medio desmantelado y grotesco, parecía sumergirlo en el vacío. Había tomado asiento en uno de los escaños laterales y de allí miraba para todas partes como si quisiese grabar en su memoria el recuerdo de los muebles antiguos y de los cuadros que adornaban las paredes.

Alguien le observó que allí se daba examen de Derecho y que en la sala contigua podría dar el suyo de Física; nuestro enigmático colega se levantó, echó una última mirada al damasco anticuado que cubría el estrado de los catedráticos, volvió los ojos al cuadro del doctor Sáenz, que pareció seguirlo con una mirada compasiva, y abandonó la sala...

El pobre iba mal vestido; con un levitón largo, arrugado, calumniado por algunas manchas rebeldes, lustroso en los codos y deshilachado en el ruedo amplio y mal cortado.

Hacía sonar sus pisadas, como si en vez de zapatos tuviera un fuelle en cada pie, y comprimía nerviosamente en sus manos garfias un programa roto y borroneado.

Al poco rato de ingresar en el recinto de examen, suena un nombre desconocido para todos, y de pronto, como movido por un pinchazo, y cuando buscábamos con la mirada al dueño de tal apellido, el individuo estaba ya erguido, tembloroso, transfigurado, y hacía girar la manija de la urna para sacar su bolilla. A la segunda vuelta, salta una: el número 13, fatídico, estaba grabado con tinta negra, de relieve, en la pequeña esfera de madera. Mala estrella, pensamos, y, efectivamente, el desgraciado empezó a revolver su programa, a acomodarse en el asiento, a fingir un poco de tos, y, por último, dijo con voz apagada: -No la sé. -¿Eh? saque otra -le dice el malogrado doctor Bartolazzi, con su acento francachón y bondadoso; vuelta a la urna, y otra bolilla, saltarina como un grito, cae en el platillo de madera: número tantos. Número... un suspiro suave y un aire de resignación cristiana que le

habría envidiado un mártir, acompañan a otro: -No la sé, señor. -Hombre, saque otra, vaya, saque otra -le dice de nuevo el catedrático, inspirándole un poco de coraje para disimular por su cuenta la vergüenza del rechazo. Salta la tercera bolilla, más retona que las dos primeras, y el desdichado abre desmesuradamente los ojos, deja caer los brazos como dos ahorcados, y balbucea de nuevo su estribillo: -No la sé.

-¿Y qué sabe usted? -le pregunta el catedrático en el colmo de la impaciencia.

-Yo sé los imanes.

-¿Los imanes? Bien, diga usted los imanes.

-Los imanes -empieza el afligido examinando... -los imanes... señor... no los sé...

Desapareció como una sombra sorprendida por un rayo de luz que la borra de improviso; y se deslizó por la escalera, haciendo sonar sus canillas largas y descarnadas y los fuelles de sus zapatos agujereados.

Lo tengo por delante, con sus puertas desvencijadas, leprosas de mugre y de pintura descascarada; sus paredes, haciendo vientre, próximas a estallar por falta de equilibrio y por el cansancio de tantos años de absorber humedad, miasmas y raíces de palán palán, que forcejeaban como ganzúas por abrirse camino a través de las grietas.

Ese recinto fúnebre, desolado, aislado del resto del vetusto edificio del hospital, estaba encuadrado en la cumbre del barranco de la calle de San Juan, y más dispuesto a darse un tumbó al primer soplo del Sudoeste, que a quedarse en su sitio para servir de morada transitoria a los muertos de la clase de Anatomía.

Apenas franqueada una puerta, tembleque como un ebrio, se presentaba la faz desconsoladora de lo que se llamaba anfiteatro: una pieza rectangular, húmeda, pintarrajeada de amarillo sucio, con un cielo raso de lona blanqueada, con grandes manchones de agua filtrada por la lluvia, y haciendo esfuerzos por no desclavarse sino lo necesario para dejar ver el techo negro, apollillado, morada silenciosa de insectos de todo género.

Pavimentada con chapas de mármol, puestas de mala gana; siempre cubiertas de manchas de sangre negruzca y pegajosa, de trecho en trecho.

Dos aberturas laterales, cubiertas con un enrejado de alambre roto y tironeado por los alumnos traviosos y los curiosos que solían acudir a recrearse con el espectáculo de un cadáver abierto.

El mobiliario hacía *pendant* al conjunto; lo completaba. Tarimas escalonadas, mal dispuestas, y muy propias para tullir a cualquier cristiano que tuviese la resignación de estar sentado durante la lección en esos escaños duros, fríos e incómodos.

En el centro, una mesa de mármol, sostenida por pilares de argamasa y ladrillo, como las que sirven en las sacristías; en el fondo, dos armarios desquiciados, sobre cuyo techo se ostentaba, a guisa de letrero, una pomposa inscripción latina, con letras grandes, negras, fúnebres, y que cada uno traducía a su antojo, valiéndose de los restos de nominativos y pretéritos que le habían quedado en la memoria.

En los días de invierno, el viento era insoportable; las ráfagas heladas del río que penetraban zumbando por las rendijas, hacían tiritar a los alumnos que rodeaban la mesa con la avidez de ver en el cadáver el trayecto de una arteria dura, rígida como cordón, y rellena de cera y cardenillo.

Algunos castañeteaban los dientes, mientras se restregaban las manos coloradas y entumecidas; otros marcaban el paso como soldados que han hecho alto.

El profesor, de pie a la cabecera de la mesa, con su bisturí a guisa de punzón, trazaba sobre

el cadáver el trayecto, la posición, las relaciones de los órganos puestos al descubierto, en tanto que el alumno de turno leía en un mal traducido texto la lección designada.

En el patio, mejor dicho, en el amplio resumidero que rodeaba la sala y debajo de un cobertizo sostenido por una viga vieja, se arrojaban los despojos inservibles; aquel pedazo, cubierto por el alero medio derrumbado, era una sucursal del anfiteatro. Sobre una tarima forrada de zinc, se disecaba en verano, y de un tirante transversal se colgaban las piezas anatómicas que querían conservarse.

En el ángulo que formaban las paredes del cobertizo, un fogón primitivo, con una caldera de tres pies, para cocinar a los muertos.

Era un espectáculo poco simpático el ver aquellos despojos humanos pendientes de un clavo y sujetos con piolas: piernas que les faltaba la piel, y cuyos músculos, color vinagre subido, tomaban matices negruzcos en distintos puntos, dejando ver en otros una faja brillante, nacarada, tiesa, un tendón estirado, que había sido bien raspado con el bisturí para rastrear la inserción del músculo. Algunas veces pendía de la viga una mano descarnada, seca, medio momificada por el frío, en cuyo dorso serpentean nervios, venas, arterias y un manejo de tendones que se irradiaban hasta la extremidad de los dedos, cuyas uñas de color plomizo parecían haber crecido por la falta de tejidos blandos que las rodeasen. Estas piezas, al parecer abandonadas allí, servían a los alumnos para los repasos; generalmente eran escamoteadas por los más rezagados, que no querían darse el trabajo de prepararlas ni de soportar las incomodidades de estudiar al aire libre.

Ya era la mano perfectamente disecada; otras, una pierna, los pulmones enjutos, sin aire, colgando como dos jirones de trapo y adheridos a la tráquea que servía de piola; el corazón, el noble músculo, lleno de cera, hinchado, repleto, sin la apariencia y la forma poética que le asigna el misticismo: un corazón anónimo, colgado de un clavo.

Sobre la mesa, trozos en preparación, a medio disecar; la parte que tocaba a cada uno en el reparto del cadáver que había servido para la clase.

Una cabeza desprendida del tronco, arrojada allí como al acaso, y que hubiera podido servir de modelo al artista, con los matices, las líneas, la expresión, ese conjunto de medias tintas en gradación sucesiva, desde el pálido cera al escarlata.

Algunos, con los párpados entreabiertos, dejando ver los ojos apagados, sin brillo y cubiertos por ese líquido glutinoso que les hace perder completamente toda expresión.

En esa continua revista de restos humanos, solíamos encontrar algunos muy bellos: figuras varoniles, de rasgos acentuados; individuos que habían muerto a consecuencia de traumatismos, y en los que el padecimiento no había tenido tiempo de imprimir su huella. Una de esas cabezas, con su cabellera intacta, negra, lacia, cayendo sobre la frente pálida, marmórea, dejando ver dos cejas espesas, bien modeladas en arco sobre una nariz afilada, recta, y encuadrada la cara por una barba tupida, larga, enmarañada, salpicada de sangre, conservaba esa fisonomía inmóvil, esa expresión doliente de los últimos instantes, y su pupila dilatada, parecía tener avidez de luz en las misteriosas tinieblas de la muerte. Era una linda cabeza para transportarla al lienzo y figurar la leyenda bíblica de Salomé, comprimiéndola con crueldad inconsciente, con su mano fría, nerviosa, en un plato de bronce cincelado.

¡Qué exuberancia de material para esbozar telas de impresión! Pero en aquella época no había tiempo para pensar en las bellezas de las piezas anatómicas ni en las leyendas bíblicas; teníamos por delante un programa de anatomía, largo, difícil, enojoso por sus detalles y por el tecnicismo grotesco que debíamos aprender de memoria, y todos nos afanábamos por sacar del escalpelo y del libro el mejor provecho posible.

El frío, la intemperie, los días húmedos, la incomodidad del local, los miasmas, los malos olores que despedían las piezas en descomposición, la curiosidad, siempre creciente, de escudriñar todos los rincones del cuerpo humano, nos hacían olvidar la poesía con que la imaginación quería revestir aquel antro, donde, a pesar de todo, se estudiaba mucho y se aprendía bastante.

Teníamos un catedrático ilustrado, paciente, bondadoso, entusiasta por la materia, que había desterrado el sistema de las lecturas monótonas al lado del cadáver; nos trataba como a buenos amigos y nos inspiraba, al mismo tiempo que amor al estudio, esa emulación que hacía sobresalir a las inteligencias bien preparadas.

El mismo había hecho allí su carrera; en ese mismo anfiteatro había pasado las mismas penurias y afrontado los mismos peligros, y de ese hospital ruinoso, antigua morada de frailes mendicantes, salió el doctor Pirovano con fama hecha de cirujano habilísimo.

Nos enseñó anatomía con los escasos elementos de que entonces podía disponer, y el atractivo de sus lecciones, nos hacía pasar por todo con la alegría de estudiantes y la despreocupación de los veinte años.

Los días en que no había cadáver para diseccionar, estábamos descontentos, de mal humor, y cuando pasaba mucho tiempo sin que se abrieran las puertas derrengadas de la sala mortuoria, empezábamos a recorrer las salas de enfermos, para espiar a la víctima que debía caer en nuestras garras.

¡Ni un tísico! solían decir los más desalmados, con el desaliento del que tiene hambre y no encuentra en su cajón revuelto ni un mendrugo.

Los tísicos eran los muertos apetecidos por su flacura, que permitía estudiar los distintos órganos, sin necesidad de una disección laboriosa.

Repentinamente, la tarima de los muertos soportaba tres y más desgraciados, que estaban allí estirados, rígidos, descalzos, pobremente vestidos, con la cara vuelta al poniente, alineados uno al lado del otro, formando, muchas veces, un contraste lúgubre.

En esa antecámara del anfiteatro se amortajaban los infelices parias que habían sucumbido en el hospital; en la pieza contigua se hacían las autopsias.

Muchas veces, al entrar allí distraídos, nos encontramos de improviso con ciertas caras y ciertas expresiones cadavéricas que, sin quererlo, nos hacían apresurar la salida.

Eran dos cuartujos de techo bajo, sombríos, húmedos, con esa humedad pegajosa y molesta de las piezas que han estado cerradas mucho tiempo; amenazaban ruina; una ventana alta daba vista al patio, donde habían crecido libremente las cicutas regadas con las aguas servidas del anfiteatro.

Las hojas de la ventana, continuamente abierta, soportaban caritativamente el muro del techo, que amenazaba desplomarse.

La primera vez que penetramos en ese recinto lóbrego y frío, como un sepulcro abandonado, retrocedimos instintivamente; el espectáculo era poco alentador, y si no nos hubiese llevado el amor al estudio, seguramente no habríamos vuelto.

Era menester, por otra parte, ocultar esas impresiones de aprendiz, so pena de oír las pullas de compañeros más avezados, y con sistema nervioso y estómago mejor dispuestos...

A cierta altura de nuestros estudios, teníamos necesidad de cadáveres de mujeres, que era menester solicitar del hospital respectivo.

Las beatas de aquel establecimiento oponían, generalmente, una resistencia ridícula para entregarlos, y cuando lo hacían de buena gana, nos enviaban los cadáveres más inservibles. Generalmente nos remitían viejecitas atrofiadas por los años y la consunción, o cadáveres en estado de putrefacción tal, que hacía imposible el estudio.

Cierto día, sin embargo, y después de muchas instancias, hicieron una generosa excepción a la regla.

Una mañana entramos en el anfiteatro en circunstancias que el guardián se restregaba las manos con aire satisfecho.

Era un famoso ebrio consuetudinario; andaba siempre tambaleando y gruñendo por una futilidad cualquiera, el alcoholismo crónico que lo había degradado, hasta hacerle perder sus facciones de figura humana, no le impedía manosear todo aquello como si se tratara de la cosa más sencilla.

Hablaba de los muertos, de los restos humanos como hubiera podido hacerlo de las achuras de un matadero.

El vicio había embotado su inteligencia, arruinado su sensibilidad y pervertido tan por completo sus gustos, que el alcohol que se empleaba para macerar las piezas anatómicas, y no pocas veces el que ya había servido, pasaba de las cubetas del anfiteatro al estómago del guardián con una facilidad asombrosa.

Esa mañana estaba menos ebrio que de costumbre; los compañeros traviesos no le habían hecho rabiarse, amenazándole con destriparlo cuando muriese; su fisonomía reflejaba cierta satisfacción, como si todo el alcohol de las cubetas circulase por sus venas; sonreía con una sonrisa babosa, dando a sus labios amoratados y carnudos un pliegue oblicuo, como si quisiera sonreírse sólo por mitad; sus ojos de lobo marino hacían guiñadas, pestañeando como las lámparas de aceite próximas a extinguirse; el colorete de sus mejillas flácidas, caídas, había subido de tono: esa mañana estaba más idiota que ebrio.

Era un hombre como de cincuenta años, pero revelaba tener más; la vida de anfiteatro y las continuas libaciones de líquidos espirituosos, lo habían embrutecido; su estado normal era la ebriedad; cuando no estaba ebrio, era insoportable.

La satisfacción de esa mañana provenía de que las beatas del hospital de mujeres habían mandado un cadáver en buenas condiciones para la disección.

Don Pancho, este era su nombre de anfiteatro, quién sabe si el de pila, había sacado el cadáver del humilde féretro de pino y lo había tendido sobre la mesa de mármol.

Mientras él seguía paseándose y hablando entre dientes, con monosílabos ininteligibles, nos acercamos a observar a la muerta. Era una joven de formas bellísimas; la morbidez exuberante de sus contornos se conservaba perfectamente; se veía al primer golpe que la enfermedad había sido de corta duración, y que su organización robusta y fuerte había sucumbido a un choque violento.

Completamente desnuda, con la cabeza reclinada sobre el hombro izquierdo, los brazos caídos y en flexión hacia atrás, contribuían a levantar más su seno marmóreo y amplio. Sus cabellos negros, lacios, abundantes, servían de almohada a su bella cabeza; tenía los ojos cerrados y velados por largas pestañas, relucientes, unidas en una espesa franja que hacía más dulce la sombra que proyectaban sobre su semblante color de cera.

Una cara que debió ser muy bella y que la muerte no había alterado; sus labios pequeños, con comisuras afiladas, estaban entreabiertos, dejando ver una dentadura compacta, blanca y diminuta; la barba redondeada como una bola de marfil, tenía en el centro una depresión, como hecha con el dedo; largas hebras de cabello estaban pegadas a sus sienes y corrían a lo largo de sus mejillas para perderse en el dorso.

Todos los atractivos de la mujer hermosa habían sido paralizados por el frío de la muerte. La rigidez cadavérica, la corrección de sus formas más contorneadas y esbeltas, la blancura mate de su cutis terso y suave, le daban el aspecto de una estatua caída de su pedestal, pobre pedestal de fango, tal vez, en el que se había hundido para satisfacer las exigencias de

la carne, que despotiza a la que se ata con cadenas a su frágil carro de triunfo. Sus manos finas, pequeñas, delicadas, con dedos afilados, parecían haberse crispado en un esfuerzo supremo, por asirse del hilo de la vida, que sus ojos de moribunda veían próximo a romperse.

Sus pies de niña, diminutos, arqueados, completaban la belleza del conjunto, haciendo más visible la distinción de la muerta.

No podía saberse quién era. No había en esas cuatro tablas de pino que la encerraban ninguna inscripción; en la tapa, una cruz sencilla, blanca, hecha con dos palmos de cinta, clavada en los cuatro extremos. Eso era todo.

Sus ropas estaban en un rincón: un vestido viejo, herencia de alguna otra desgraciada, y una camisa de hospital. Esos pobres trapos habían servido para amortajarla.

¡Cuántas reflexiones se agolpaban a nuestra imaginación al pensar en las condiciones de ese cadáver que teníamos por delante!

Era para nosotros simplemente una muerta para la clase de anatomía, que iba a ser abierta, cortada, dividida y repartida entre los alumnos, muchos de los cuales se disputarían la mejor presa. La belleza de esa mujer nos hacía entrever una historia borrascosa, triste; una historia que se puede escribir en una página, porque la historia de todas estas desgraciadas se parece. Y si no la tenía, sentíamos necesidad de inventarla, sentíamos necesidad de hacerla revivir, hacerla mirar con el fuego de sus ojos apagados, hacerla sonreír con esos labios voluptuosos, hacerla caminar, para ver mover sus flancos flexibles; animarla, darle vida, hacer latir su corazón; llevar la sangre, el color de sus tejidos, hacer levantar como una ola de voluptuosidad ese seno amplio, macizo, marmóreo; convertirla en lo que era, devolverla a la vida, al calor, a la luz y cubrir la desnudez de su cuerpo con las telas suaves, que más de una vez lo habrían rodeado.

Si nuestros compañeros supieran, pensábamos, mientras ellos están en la sala, curando enfermos y aprendiendo a hacer vendajes y aplicar apósitos, nosotros estamos aquí haciendo poesía de brocha gorda, sin más testigos que la cara embrutecida y las miradas hoscas de don Pancho, ¡cómo se reirían, qué excelente oportunidad para dar rienda suelta a sus bromas!

Un alumno de medicina, un estudiante de anatomía, que convierte los muertos pobres, vulgares, el vientre ya medio verdoso por la putrefacción, en estatuas caídas o en Fantinas desgraciadas, las cabezas de ciertos muertos en imágenes del Bautista, hubiera sido una novedad impagable y se habría tenido tema para colgarle un sambenito y mortificarlo durante un mes.

¡Poesía con las muertas del hospital!... Una infeliz cualquiera, medio achinada, que había caído en el hospital, como una de tantas, a ocultar vergüenzas y sus faltas, y a la que una *peritonitis* embarcó para la eternidad, es claro, en un cajón de pino sin chapas, sin galones plateados, sin coronas de violeta de trapo teñido -más benéfica a la tierra por la restitución generosa que hacía de su cuerpo, rico en materiales de combustión.

Allí concluía el ideal, la poesía, y empezaba la realidad desnuda, fría, brutal, como la cara de don Pancho.

Su vida habría sido como la de todas: un día en la opulencia despilfarrada, conquistada en la especulación de la carne, puesta en pública subasta, y los demás, en el vaivén de la miseria, de la degradación, hasta bajar la pendiente rápida que las lleva a morir desconocidas, cansadas, en la cama de un asilo.

Don Pancho seguía paseándose, haciendo sonar el manajo de llaves que llevaba atadas de una piola llena de sangre: de vez en cuando dirigía sus miradas torcidas hacia el cadáver, y

meneando la cabeza, parecía significar que aquello era nuevo, nunca visto, que tal vez una buena propina por el hallazgo le facilitaría el medio de concluir el día entregado a sus mejores libaciones.

Llegó hora de clase; el profesor no se dio ni por entendido de la belleza, de la frescura, de la morbidez del cadáver.

Empezó su lección con la seriedad que le era habitual, y los compañeros, algunos de los cuales habían fijado más la atención sobre la muerta, no podrían menos de decir: ¡qué bonita habrá sido esta muchacha! ¿de qué habrá muerto? -parece que no ha sufrido mucho, pues estaba bien conservada, -se conoce que no ha tenido familia, y otras observaciones *c voce*, que en nada distraían al catedrático que iba disecando pacientemente los que debíamos estudiar.

Los alumnos se habían agrupado, estrechándose alrededor de la mesa para escuchar mejor la lección y poder apreciar más de cerca la conformación anatómica y la disposición, de las vísceras que se ponía al descubierto.

Era un momento de distracción, y cuando ya no veíamos en la muerta la heroína de un idilio, ni una desgraciada que hubiese pasado por esa serie de aventuras en los vaivenes de la suerte, sino un cadáver para la clase de anatomía, nos llamó la atención un personaje exótico, cuya cabeza salía por encima de las demás, y que había entrado en puntas de pie, evitando todo rumor para estar a sus anchas contemplando por entre los grupos la disección de la muerta.

La cara de ese individuo no nos era desconocida; a pesar de su flacura, de sus ojeras y de la expresión de dolor, de piedad, que se dibujaba claramente en sus facciones, se aclaró en nuestra memoria la imagen de este individuo. Era el mismo que años atrás había hecho una entrada tan original y desgraciada a la clase de Física, para dar su examen sobre los imanes. ¿Qué hacía allí? fue la primera y la más natural de las preguntas. Era quizá un curioso, uno de los tantos que solían olfatear el anfiteatro para descomponerse e ir a contar en seguida al círculo de sus amigos los horrores que habían presenciado con una valentía de héroes.

Ir al anfiteatro en día de clase, cuando se abren los cadáveres y se extraen las vísceras arrolladas a la muñeca, o se hunde la mano en la cavidad abdominal, entre la sangre negra, coagulada, para ir a desprender un riñón o cualquier otro órgano; presenciar ese espectáculo, verlo de cerca, aspirar esos malos olores, tocar con la punta del dedo una parte cualquiera del muerto, era para los profanos una proeza que bien equivalía a la que referían otros, de haber pasado a media noche por el cementerio, sin pestañear, o hacer apuestas de penetrar en él sin el más mínimo temor de los muertos es claro, ¡qué les van a hacer los infelices! -Referir estas aventuras, acentuando los colores, agrandando el cuadro recargado por la impresionabilidad o la exageración de cada uno, era adquirir fama de despreocupado, de hombre hecho, y tal vez muchos de ellos se han sentido espeluznados cuando en el silencio de la noche han leído un libro de Edgard Poe, sin más compañero que el silencio y el tic-tac del reloj.

Nuestro personaje no había ido allí seguramente a entretenerse, ni con la despreocupación del estudiante vago que se mete en todas partes por cohonestar su haraganería.

Su cara decía mucho, y los movimientos que hacía de vez en cuando, significaban perfectamente que la escena que tenía por delante no le era indiferente.

Su permanencia allí fue de pocos momentos; en puntas de pie, callado, cabizbajo, con las manos cruzadas sobre los faldones de su levitón descolorido, se dirigió al patio, donde empezó a pasarse despacio, y meneando lentamente la cabeza.

En un rincón estaba el cajón de pino y las ropas de la muerta; sospechándolo, se paró

delante de esos humildes despojos, y desde lejos pudimos contemplarlo sacando su pañuelo para enjugar sus lágrimas.

Sin saber por qué, nos inspiró compasión. A pesar de su figura ridícula, de su conjunto pobre, desairado, nos dimos cuenta de que ese hombre desconocido venía siguiendo el rastro del cadáver que estaba sobre la mesa de mármol.

Y ese sentimiento de compasión que experimentábamos, se exaltaba más en nuestro espíritu al pensar que, si se encontraba allí ese individuo a la terminación de la clase, no le faltarían pullas, indirectas y hasta diabluras más pesadas con que podrían asaltarlo los compañeros.

Salimos del anfiteatro movidos por ese sentimiento, por el temor de verlo comprometido en una broma estudiantil y por la curiosidad que sentíamos de averiguar algo sobre tan extraño individuo, a quien ya en dos ocasiones habíamos visto de una manera tan singular.

Sin vacilar, nos acercamos, y con el aire de dueños de casa, le preguntamos sin ambages si buscaba a alguno de los alumnos.

Nos miró con cierta desconfianza, y como abochornado de que se supiera el motivo que lo llevaba a aquel recinto, nos dijo: -He sabido que esa muerta, en vez de ser conducida al cementerio, fue traída aquí para el estudio, y como me interesaba por esos restos, he venido a cerciorarme...

-¿Luego, usted la conocía; era, acaso, algo de usted?

-Era todo -nos replicó con acento imperioso, y siguió mirando con ojos idiotizados el cajón de pino y los vestidos amontonados sobre el lado del patio.

Teníamos un hilo de la historia y no queríamos soltarlo tan fácilmente: un retazo de novela viviente por delante, una especie de libro trunco, cuyos capítulos empezaban con el examen de física, con la rechifla de los alumnos, el encono de los catedráticos y la huida del *hombre de los imanes*, como le llamábamos, cada vez que nos acordábamos del examen -y una escena patética, conmovedora, un pequeño drama en el anfiteatro, sin que los demás lo sospecharan.

-¿Y qué harán con los restos del cadáver? -nos preguntó de pronto.

-Los restos van al cementerio en el mismo cajón en que han venido, solos o acompañados de otros.

Pareció disgustarle la respuesta, pues se quedó un rato pensativo; no quisimos decirle lo peor, decir, que a veces, no volvían al cajón ni al cementerio, pues los estudiantes los utilizaban para hacer sus preparaciones, y generalmente eran preferidos los de mujer para extraer los huesos de la pelvis y los del cráneo.

Hizo entonces ademán de retirarse, y, efectivamente, empezó a marchar hacia la puerta.

Nosotros que no lo perdíamos de vista, y menos desde el instante en que se nos ocurrió que pudiera tratarse de un individuo medio alocado, nos pusimos al lado de él, y seguimos acompañándolo hasta el primer patio, donde tenían su habitación los practicantes.

En el anfiteatro nadie había notado esta aparición misteriosa.

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

